

Llamados a la Libertad | Gálatas 5:7-15

“Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad? Esta persuasión no procede de aquel que os llama” (Gál. 5:7, 8).

El versículo 8 de este pasaje debería dejar claro a todos quién es aquel que, en el capítulo 1, versículo 6, los llamó a la **gracia de Cristo**. Algunos se inclinan a sostener que Pablo se refiere a sí mismo en esa escritura, en las palabras: *“Me maravillo de que tan pronto os hayáis alejado de aquel que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente”*. Piensan que Pablo se maravilla de que los gálatas se hubieran alejado tan pronto de él mismo, porque creen que Pablo fue quien llamó a los gálatas a la **gracia de Cristo**. Pero esto es un error. Pablo no atraía a los hombres a sí mismo, y esto por la sencilla razón de que no se predicaba a sí mismo. Él predicó a Cristo —Cristo y este crucificado—, y **Cristo crucificado** en cada lugar donde predicó Pablo. Consecuentemente, los hombres vieron a Cristo en lugar de a Pablo; a Cristo con ellos, justo donde estaban. Y Cristo, siendo así exaltado en persona, atrajo a los hombres a sí mismo. Y puesto que, incluso en eso, es siempre verdad que *nadie puede venir a Cristo si el Padre no le atrae*, es evidente que en esta obra de la **gracia de Cristo** es Dios quien llamó a estas personas a la gracia de Cristo. Y cuando los hombres vienen a ellos, predicando otro evangelio, que no era otro, sino una perversión del evangelio de Cristo, cuantos confiaron en ese falso evangelio fueron, por ello, apartados, no de Pablo, sino de Cristo, quien los había atraído a sí mismo; y de Dios, quien los había llamado a la gracia de Cristo, la cual los atrajo a sí mismo.

Y así, el versículo 8 del presente estudio —*“Esta persuasión no procede de aquel que os llama”*— demuestra que no podía referirse a Pablo, porque él no había estado cerca de ellos, de modo que la persuasión pudiera ser una alternativa entre ellos y los otros. Pero Dios estaba presente con ellos, con su persuasión y su llamamiento, de manera que cualquier persuasión y llamamiento que estuviera en contra de ese evangelio que habían oído al principio, no podría proceder de aquel que los había llamado, quien era Dios.

“Un poco de levadura leuda toda la masa. Yo confío en vosotros en el Señor que no pensaréis de otra manera; mas el que os perturba llevará su juicio, quienquiera que sea. Y yo, hermanos, si aún predico la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se ha quitado el tropiezo de la cruz. ¡Ojalá fueran cortados los que os perturban!” (Gál. 5:9-12).

Como vimos en el estudio de la semana pasada, si él hubiera predicado la circuncisión, habría sido para poner la circuncisión en el lugar de Cristo; y eso, en sí mismo, habría sido **rechazar la gracia de Cristo**, a Cristo y a este crucificado; y así el tropiezo de la cruz habría cesado, y con ella la persecución, en la predicación de la circuncisión.

“Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gál. 5:13, 14).

Toda alma, al ser llamada a Cristo, es llamada a la **libertad**; y toda alma que recibe a Cristo es librada de la servidumbre, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Jesucristo vino al mundo solamente para liberar a los hombres y para plantar en sus almas el genuino principio de la **libertad**. Y esta libertad con la que Cristo hizo libres a los hombres es una libertad activada solo por el amor. Es una libertad demasiado honorable para permitirse ser usada como ocasión para la carne o como pretexto para la malicia. Es una libertad guiada por una conciencia iluminada por el Espíritu de Dios. Es una libertad en la cual quien la posee es liberado de todos los hombres, pero hace que quien la recibe sea tan manso por amor que voluntariamente se convierte en siervo de todos, para llevarlos al disfrute de esa misma libertad. Esta es la **libertad verdadera**: esta es la libertad que Cristo da a quienquiera que cree en él, porque *“si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”*.

Y así *“toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*. Esto es así porque toda esa ley, de la cual esta *“sola palabra”* es solo uno de los dos grandes principios sobre los que todo pende —esa ley es en sí misma la **ley de la libertad**.

Esto es el cristianismo: este es el evangelio y la **libertad del evangelio**. *“Pero si os mordéis y os devoráis unos a otros”* —si así repudiáis el evangelio y negáis la libertad que trae: si sois críticos, estrechos de mente e intolerantes— *“mirad que no os consumáis unos a otros”* (Gál. 5:15). Porque la destrucción total, al final, es la única consecuencia que puede venir de tal conducta.

[Advent Review and Sabbath Herald | 11 de septiembre de 1900]